

nia un deseo irresistible de adquirir nombradía.

Durante la guerra de los Estados- Unidos, Miranda, muy joven todavía, había servido su causa, y en medio de ellos era en donde había formado el proyecto de libertar su patria. Tamaña empresa exigía cuantiosos recursos: tenía necesidad de apoyo extranjero, y quiso, concluida la paz de 1783, sondear las disposiciones de algunas potencias.

Con esta mira pasó á Londres y á San Petersburgo. En Rusia merecía los elogios de Catalina, la cual siempre acogía bien los vastos designios; de la Inglaterra esperaba socorros más eficaces; sin embargo, nuevos sucesos suspendieron por muchos años la ejecución de su empresa. Había empezado la guerra de la revolución francesa. Miranda tomó parte en ella, y fué ascendido al grado de teniente general de los ejércitos de la república. Sus campañas en la Bélgica desplegaron su habilidad y su experiencia. Sin embargo, en el sitio de Maestricht fué desafortunado, y no pudo impedir, en 1793, la pérdida de la batalla de Nerwinde, en la que mandaba el ala izquierda del ejército. Desgraciado á consecuencia de este revés, fué arrestado, soltado y encarcelado de nuevo hasta la muerte de Robespierre. Su proyecto de emancipar la América española le ocupaba sin cesar; pero ni fué secundado por la comision de salud pública ni por el Directorio ejecutivo: la Francia y la España estaban entonces unidas por tratados de paz y alianza; y desterrado Miranda, el 18 de fructidor (4 de setiembre de 1797), pasó á Londres, y propuso al gobierno británico un plan de independencia para Tierra Firme y para Méjico: pedía que se invitase á los Estados- Unidos á concurrir á esta expedición; y que se les ofreciesen las Floridas, si consentían en hacer operar un cuerpo de diez mil hombres; la Inglaterra debería proporcionar los buques y los subsidios necesarios para el transporte de las tropas y para las operaciones militares.

Pero era necesario asegurarse de la adhesión de los Estados- Unidos á

este plan: con este fin pasó Miranda á América para obtenerla, pero el presidente rehusó las proposiciones que le hizo: no queriendo de ninguna manera cometer agresión alguna contra las posesiones de España, con la que estaban en paz los Estados- Unidos. Cuando entre ambas potencias sobrevinieron nuevas discusiones, relativas á la navegación del Misisipi y al depósito mercantil de la Nueva Orleans, Miranda fué otra vez á los Estados- Unidos para volver á solicitar su cooperación al proyecto que tenía. Este segundo paso no tuvo mejor éxito: el tratado de 1803, que cedia la Luisiana á los Americanos, acababa de concluirse, y por consiguiente la causa de sus contestaciones con la España había cesado.

No pudiendo entonces contar ya con los socorros del congreso, procuró Miranda, mientras permaneció en Nueva York, interesar algunos especuladores en favor de su proyecto, y á reclutar en secreto algunos voluntarios; operación facilísima en un puerto en que aportan un gran número de extranjeros, que vienen de un hemisferio á otro, á probar fortuna y á correr nuevas aventuras. Se procuraron obtener armas y municiones de guerra, y una parte de estos gastos fué pagada de los fondos obtenidos en Londres: la garantía de los otros pagos consistía en el éxito que tuviese la expedición: el coronel Smith y Ogden armaron el buque llamado el *Leandro*, en el que se embarcó esta tropa aventurera, y haciéndose á la vela Miranda el 3 de febrero de 1806, hizo rumbo para Santo Domingo, de cuyo punto pasó á la Isla de la Trinidad. Desde que había sido conocido el destino de la expedición de este armamento, el ministro español acerca del gobierno federal se quejó de ello amargamente, y consiguió que Smith y Ogden fuesen perseguidos ante los tribunales; pero ambos fueron absueltos por una declaración del jurado, y el resultado de este proceso demostró que esta empresa se hallaba favorecida por la opinión pública.

El almirante Cochrane se hallaba á la sazón en la Trinidad, y Miranda

consiguió de él que le proporcionase algunos buques armados; se hallaban reunidos bajo sus órdenes quinientos voluntarios: con estos salió el 24 de julio, y fué á desembarcar junto al cabo de la Vela, cuyos fuertes cayeron en su poder; en seguida se dirigió al río de la Hacha para esperar allí socorros de la Jamaica: mas no recibiendo ningún refuerzo, y no pudiendo mantenerse con tan escasas fuerzas, se vió precisado á renunciar á su expedición, y volviéndose á la isla de la Trinidad, se marchó otra vez para Inglaterra, á esperar allí ocasión más favorable.

Estos proyectos de expedición se renovaron dos años después, y fueron precedidos de un suceso inesperado que, cambiando la suerte del Brasil, no dejó de tener influjo sobre la de las colonias españolas. El 27 de julio de 1808, se vió llegar de Lisboa á Riojaneiro la familia real de Braganza. La invasión de sus estados en Europa había determinado al príncipe rejeante de Portugal á retirarse al Brasil; y este país, libertado del régimen colonial, había adquirido los mismos derechos que la madre patria.

La invasión de España produjo otros movimientos en América, cuando llegó allí la noticia de las actas y de los tratados de Bayona, que habían precipitado del trono á Carlos IV y á su hijo Fernando VII, y trasferido esta corona á José Bonaparte. Estas novedades llegaron á Caracas en el mes de julio de 1808: los colonos no reconocieron al nuevo rey, antes bien proclamaron á Fernando VII y entablaron relaciones con la junta suprema que se había formado en España para gobernar en nombre de este príncipe. Su ejemplo fué seguido por la Nueva Granada, y sus habitantes reconocieron igualmente á Fernando VII.

Las operaciones militares de Napoleón en España no fueron suficientes para cambiar esta resolución, ni cuando, al vengar los reveses sufridos por un cuerpo de sus tropas en Bailen, volvía á encontrar la victoria en Búrgos y Tudela, ni cuando obtenía en las llanuras de Ocaña un

nuevo triunfo, y sus más hábiles generales penetraban en diferentes partes del reino. Con someter las provincias no pudo hacer doblegar la voluntad nacional: no se cedia sino á la fuerza, y no pudo de ningún modo imponer la obediencia en donde no pisaba; y las colonias españolas, imitando el ejemplo de la metrópoli, se mantuvieron en la resolución de no reconocer la autoridad de Bonaparte.

La rejeñcia de Cadiz, que reemplazó á la junta de Sevilla después de los primeros sucesos de Napoleón, no pudo en un principio oponerle ningún número considerable de fuerzas: se encontraba reducido á hacer proclamas; pero sus palabras eran poderosas, resonaban en todos los ángulos de la España y de sus lejanas posesiones; y por todas partes iban sublevando los ánimos contra la dominación del extranjero. Sin embargo, la rejeñcia se extendía más allá de su objeto: la energía que quería inspirar la esponía á otros peligros, y la primera proclama que dirigió á las colonias españolas vino á destruir en ellas la autoridad de la metrópoli. «Ella recordaba á los Americanos que durante mucho tiempo habían estado sojuzgados bajo un yugo tanto más opresivo cuanto más lejanos se hallaban del centro del poder: ella no quería someterlos en lo sucesivo al gobierno arbitrario de los vireyes: los libertaba de aquella dependencia, y colocaba en sus manos sus ulteriores destinos.»

Apenas fué conocida en Caracas esta proclama, fué reemplazada la autoridad del capitán general por una junta que se formó el 19 de abril de 1810; y otra junta igual fué establecida el 20 de julio en la Nueva Granada, donde se hallaba entonces de virey el señor Amar.

Después de haber dado el impulso á las colonias, la rejeñcia de Cádiz buscaba los medios de conservar en ellas la dirección de los negocios y el ejercicio del poder; pero ya principiaban á fastidiarse de una autoridad exigente, de todos los sacrificios que pedía para ayudar á una metrópoli lejana, y de la soberanía nomi-

nal de un monarca ausente y cautivo, cuya herencia se hallaba abandonada á la guerra civil y extranjera, sin que pudiera preverse todavía cuál sería el término de tantas calamidades. Los nuevos magistrados de Caracas dirijieron á la rejencia enérgicas representaciones; y la amargura de sus quejas fué considerada por ella como un acto de rebelion: ordenó el bloqueo de los puertos de aquella colonia, é hizo marchar contra ella un cuerpo de tropas, sacado de las provincias que no habian tomado aun parte en la insurreccion.

Entónces principió la guerra que debía decidir sobre la suerte de la América española: Miranda se presentó de nuevo en la escena: volvió de Inglaterra á Caracas hácia fines de 1810; y su influjo en el congreso, del que fué miembro, y en las sociedades populares que hizo organizar, aceleró la declaracion de la independencia. El 5 de julio de 1811, firmaron el acta los representantes de las provincias que formaban la confederacion de Venezuela; y el 23 de diciembre siguiente se publicó una constitucion, donde se hallaban los mismos principios que en la de los Estados-Unidos, sobre la naturaleza y la distribucion de los poderes. La legislatura fué dividida en dos cámaras; la de los representantes y la del senado; y entregaron el poder ejecutivo á un magistrado temporal: se adoptó la forma de los juicios por el jurado, se organizó un tribunal supremo para las causas que interesaban á la confederacion; se trazó un límite entre la autoridad central en los estados particulares; se determinaron todos los derechos civiles y políticos; y el congreso de Venezuela coronó dignamente su obra, aboliendo el tormento, favoreciendo la civilizacion de los Indios, y asegurando la supresion del tráfico de los negros.

El congreso que se habia formado en la Nueva Granada mantenía intimas relaciones con el de Venezuela, y seguía una marcha uniforme. Despues de haber proclamado la independencia, adoptó una constitucion federal el 27 de noviembre de 1811.

En Méjico se habia empeñado una

lucha muy viva entre el partido español y el de la emancipacion. Hidalgo, ministro de los altares, habia escitado en nombre del Dios de los ejércitos, el entusiasmo de los independientes: protector de los Indios, amigo de los Criollos, los habia sublevado en todo el norte de Méjico: sostuvo la campaña durante seis meses, obtuvo muchas ventajas, y cayendo por último en poder de sus enemigos el 21 de marzo de 1811, fué ejecutado tres meses despues con los principales oficiales que partian su cautividad. Sin embargo, los suplidos no contuvieron los progresos de la insurreccion. La causa que tiene mártires hace tambien prosélitos; y otros hombres adictos se pusieron á la cabeza de los independientes.

El impulso dado á todas las comarcas españolas que rodeaban el golfo de Méjico, se estendia igualmente á las provincias mas meridionales: el movimiento era jeneral; pero el choque de los intereses, el ardor de las pasiones, el rencor de los partidos debian durante mucho tiempo abandonar aquellas desgraciadas rejiones á las desgracias de la guerra civil.

A pesar de que no debamos ocuparnos de una série continua de revoluciones, extranjeras al objeto de esta obra, hemos debido indicar algunas de las causas que las prepararon; y no podemos desconocer en aquella fermentacion jeneral las consecuencias inevitables de la independencia de los Estados-Unidos. Se habia ofrecido al mundo el ejemplo de su prosperidad: los pueblos que cubrian la América del sud habian medido sus fuerzas; quisieron emanciparse á su vez, y gozar del derecho de gobernarse.

Los Estados-Unidos, que ejercian entónces un tal ascendiente sobre los destinos de la América española, y que veian estenderse á su alrededor la naturaleza de su gobierno y de sus instituciones políticas, se habian no obstante abstenido de tomar una parte directa en aquellos grandes cambios; sea que entrase en sus principios dejar á cada nacion el cuidado de su propia suerte, sea que hubiesen resuelto no infringir los trata-

dos de paz que les unian con la España, ó que, durante sus disensiones en la Inglaterra, no quisiesen empeñarse en otros embarazos, y distraerse del cuidado de defender sus propios derechos. Así es que, cuando don Telleforo Orea, enviado de la junta de Caracas, fué, en 1810, á solicitar los socorros de los Estados-Unidos, rehusó el congreso su cooperacion á los insurjentes, á pesar de que pudo desear sus éxitos, en una carrera en la que él mismo les habia precedido. Si se hallaba dispuesto á reconocer los cambios establecidos, por lo menos esperaba que el tiempo los consagrara, y preveía los resultados de aquel movimiento irresistible. Otros pueblos iban á alzarse á sus lados; y aunque apenas se hubiese pasado la duracion de una jeneracion desde su independencia, iba á ser el gobierno mas antiguo del nuevo mundo.

Llegados á fines de 1811, vemos desarrollarse delante de nosotros este grande espectáculo de emancipacion; y los primeros conquistadores de la América pierden en ella la dominacion que habian ejercido durante mas de tres siglos: otros Estados se suceden á las colonias; su lucha se empeña con la metrópoli; y ni las pasiones enérgicas, ni la perseverancia les faltan para atravesar esta crisis borrascosa, y para conquistar por último su independencia.

Este resultado es el mas grande de todos los que han seguido la revolucion de los Estados-Unidos. Sus principios, su ejemplo, sus victorias debian cambiar el porvenir del nuevo mundo, y el dia en que se proclamó su emancipacion se hizo oír una voz en todas las rejiones meridionales de la América, para profetizarles los mismos destinos.

El momento donde principian á

verificarse termina un período histórico, bastante memorable, bastante estenso, para que nos hayamos ceñido á recorrerle, y para que podamos separarle del nuevo círculo de los acontecimientos que van á seguirle. Llegamos por otra parte á una época demasiado reciente para que pueda ser comprendida en esta obra. Los hechos cuyos actores y testigos viven todavía, no están bastante aclarados: es necesario que la opinion pública haya tenido el tiempo necesario para recojer todas las relaciones, compararlas entre ellas, y subir á los principios de las acciones humanas, para que puedan ser apreciadas con exactitud, y entrar en las páginas de la historia. No se inscribirán en ella los nombres oscuros; y si los personajes eminentes deben escapar al olvido que borra todo lo que es vulgar, sin embargo, la distribucion de los rangos y de la fama no puede hacerse entre ellos hasta que el sepulcro haya consagrado sus nombres, hasta que las pasiones que les juzgaban se hayan apagado, y hasta que la huella de sus servicios sea grabada en la opinion pública. Por semejantes recuerdos, y por estas suertes de inscripciones sepulcrales y monumentales es por donde principian los fallos de la historia. Dejemos á nuestros sucesores el derecho de pronunciar sobre nuestros contemporáneos, y acordémonos que solo el tiempo descubre los velos de la verdad.

La historia de un pueblo, ante el cual se abre un largo porvenir, no puede pretender jamás completar su obra; porque el tiempo camina sin cesar; las opiniones, los conocimientos, los acontecimientos se suceden: otras famas brillan ó se desvanecen, y se renueva la escena del mundo.

FIN.